

CULTURA



Filosofar en
nuestra época

PRESENTACIÓN

Filosofar no solo es posible hoy, sino una exigencia fundamental si queremos evitar la deshumanización del contexto actual. Esta parece ser la invitación que nos hace Raúl Fornet-Betancourt, un llamado a "pensar la situación espiritual de nuestra época" sumida en condiciones que nos aíslan e impiden la vida plena. Subyace en el texto la capacidad del ejercicio filosófico para incidir en la realidad y el optimismo en las posibilidades de cambio, aunque todo parezca perdido.

Para ello, Fornet-Betancourt examina el carácter de la filosofía cuya función práctica (superada la visión *reductivista* que la hace lucir etérea, abstracta y de naturaleza estrictamente teórica) es germe de cambio en la realidad donde interviene. La autocritica es importante porque habilita el terreno, depurándolo de prejuicios y desvíos epístémicos, que originariamente impedirían los productos esperados.

Luego, la propuesta del filósofo se fundamenta en primer lugar en la revisión de la tradición misma de la filosofía. Lo dice textualmente así:

"Prosigo, pues, haciendo notar que con esta comprensión del papel de la filosofía matizo la visión de Hegel que propone practicar la filosofía como un esfuerzo por elevar la realidad a la altura del concepto. Creo que la filosofía no debe contentarse con eso, y que debe intentar también elevar la realidad histórica a la altura de las esperanzas humanas".

De esta manera, nos introduce el autor a la segunda parte de su ensayo: la voluntad de elevar la realidad a la altura de las esperanzas humanas. Todo ello, como es evidente, a partir de la convicción de la crisis contemporánea. La recuperación de esas esperanzas es realizable en virtud de la *ministerialidad* de la filosofía que cumpliría desde la administración de la *ratio* y el cuidado afectivo humano (el compromiso emocional, ético y profético de las sociedades).

Le invitamos a leer nuestra edición y los textos que con mucho esmero hemos preparado para usted. Nos mueve el ánimo por la crítica que es condición de cambio que empieza con las ideas. Creemos en las posibilidades de lo humano y las virtualidades de un mundo mejor desde el compromiso incluyente, el diálogo y la libertad responsable. Nos aferramos a la esperanza que es estímulo de realidades nuevas, en un devenir siempre pleno.

FILOSOFAR EN NUESTRA ÉPOCA

UNA INVITACIÓN PARA PENSAR LA SITUACIÓN ESPIRITUAL DE NUESTRA ÉPOCA

RAÚL FORNET-BETANCOURT

Escuela Internacional de Filosofía Intercultural. Aachen/Barcelona

1. El contexto de esta reflexión

Quien siga hoy las noticias de la actualidad notará que desde que sufrimos la pandemia de la Covid 19 se negocian "paquetes históricos" de ayuda económica para socorrer los sectores productivos y de servicios de la sociedad. Esto es, sin duda, necesario, pues millones y millones de personas en todo el mundo sufren en carne propia la crisis económica que provoca la pandemia.

Pero la pandemia de la Covid 19 no solamente pone en peligro la economía o destapa la necesidad de cambios estructurales radicales. La pandemia golpea igualmente la vida personal y la convivencia. Esta es la otra crisis que padecemos con la actual pandemia. Es cierto que de ella también se habla, pero no tanto. Creo asimismo que tampoco se percibe con claridad que esta crisis

requiere también, al igual que la crisis económica, "paquetes históricos" de ayuda espiritual. Pienso, pues, que esta crisis antropológica reclama alianzas espirituales entre las fuerzas morales, sean seculares o religiosas, que se sienten con reservas de humanidad para proponer y abrir caminos de reparación en un tiempo que agobia al hombre, aturdriendo su conciencia y sentidos.

De esta percepción de nuestro contexto actual nacen las reflexiones que comparto en este artículo. Lo que quiere decir obedecen a la intención de subrayar la responsabilidad de la filosofía como fuerza espiritual que nos ayude a ser realmente conscientes de la conciencia con que vivimos.

2. Aclaración de la tarea

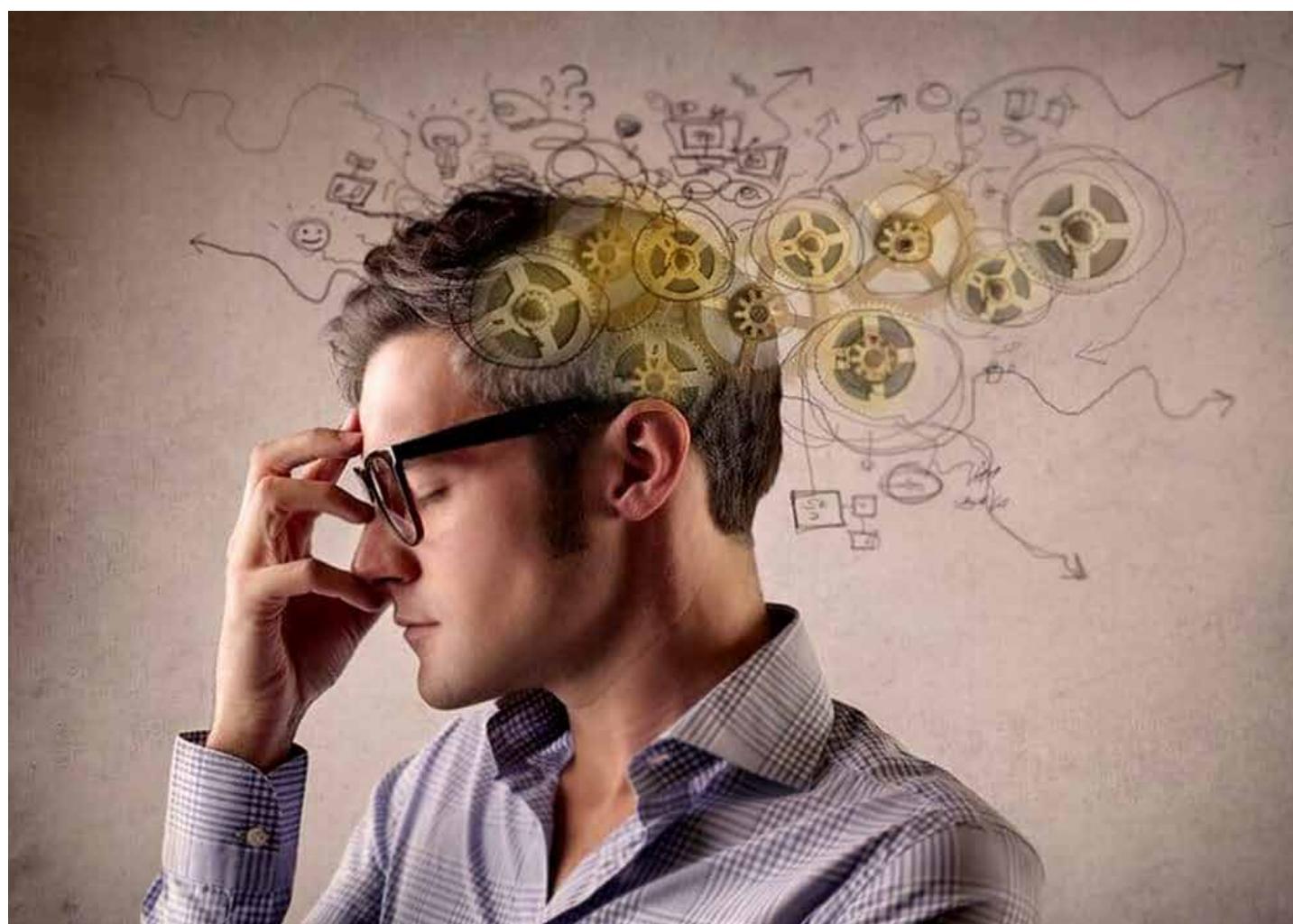
"Filosofar en nuestro tiempo"

Con "Filosofar en nuestra época"

quiero expresar un doble movimiento reflexivo. Por una parte quiero indicar que se trata justo de pensar "en nuestro tiempo". Pero por otra quiero señalar que se trata igualmente de pensar contra la época o, mejor dicho, contra las dinámicas despersonalizantes que desata como época perfilada en su curso central por una civilización mecanicista que, a pesar del antropocentrismo que todavía se le reprocha, hace mucho que destronó al ser humano de su centro, para diluirlo como un "material" más en su "reino de los objetos".

(Luego volveré sobre la cuestión de porqué puede y debe la filosofía pensar contra su tiempo).

Prosigo, pues, haciendo notar que con esta comprensión del papel de la filosofía matizo la visión de Hegel que propone practicar la filosofía como un esfuerzo por elevar la realidad a la altura del concepto. Creo que la



CULTURAL

ES UNA PUBLICACIÓN DE:

La Hora Fundado en 1920

DIRECTOR GENERAL:
OSCAR CLEMENTE MARROQUÍN

DIRECTOR:
PEDRO PABLO MARROQUÍN P.

EDITOR DE SUPLEMENTO:
EDUARDO BLANDÓN
ejblandon@lahora.com.gt

DIAGRAMACIÓN:
ALEJANDRO RAMÍREZ

filosofía no debe contentarse con eso, y que debe intentar también elevar la realidad histórica a la altura de las esperanzas humanas.

Sin duda, la filosofía tiene un compromiso analítico conceptual. Pero éste no debe ser pretexto para descuidar el compromiso emocional, afectivo, ético o profético, que tiene con los seres humanos en cada época y lugar.

No niego que la filosofía, como dijo Heidegger, pueda y deba ser la “administradora de la *ratio*”. Lo que afirmo es que si es cierto que la filosofía puede cumplir esa función de “gobernanta” de la razón, ello se debe a que custodia palabras fundadoras de humana realidad, que es guardiana de palabras grávidas de sentido y de vida, como son las palabras “amor”, “verdad”, “bondad”, “belleza” o “justicia”. Palabras que constelan centros de gravedad para el equilibrio de la vida y la convivencia humanas, y que son también las que abren el horizonte en el que la *ratio* filosófica encuentra las razones para justificarse como razón.

Pero termino este apartado señalando un aspecto que a primera vista puede parecer redundante: “Filosofar en nuestra época” quiere decir filosofar en el *mundo* de nuestra época, sea ese mundo uno o muchos. Las épocas “hacen época” por los mundos que en su tiempo configuran las fuerzas que en ella operan. Y en este sentido “nuestra época”, no es solamente un horizonte de tiempo *disponible*, sino también un plano de tiempo *ya dispuesto*, quiero decir, el espacio de mundos hechos.

3. Precisando la tarea del “Filosofar en nuestra época”

De acuerdo con la línea reflexiva esbozada, quiero precisar ahora la tarea de un “Filosofar en nuestra época” en base a la presentación de lo que entiendo que debería ser su hilo conductor: el planteamiento de preguntas que inquieran por el sentido humano de las configuraciones de mundo en que se concretiza, y muy especialmente por el sentido de aquella configuración que se nos presenta como el “mundo global” que parece darle su perfil específico como “nuestra época”. Atendiendo aquí a esto último me permito ejemplificar esta tarea nombrando tres de esas preguntas que deberían ser parte central del filosofar hoy:

1) ¿Dispone nuestra época el mundo como la dimensión de relaciones orgánicas que abren al hombre a experiencias de convivencia en equilibrio o lo dispone, por el contrario, como un espacio cuantificado, administrado, vigilado, en creciente proceso de digitalización, donde lo decisivo es el saber manejar y aplicar los programas adecuados?

2) ¿Dispone nuestra época el mundo como un mundo de apariencias que prometen sustituir la humana necesidad de luz, quiero decir, la necesidad de alumbrar lo que somos y hacemos, por un acomodado y cómodo dejarse “deslumbrar” por la masa de imágenes y de información?

3) ¿Quién es el dueño del tiempo en ese mundo que se nos presenta, a nivel global, como el mundo de “nuestro tiempo”? ¿Qué fuerzas tienen el poder para trazar el cause central que deberá seguir el tiempo en ese “nuestro tiempo”? Pregunta que también se puede plantear en estos términos: ¿No revelará el cause principal del curso del tiempo en nuestra época que se trata de un tiempo



preestructurado según los intereses y fines de los que se han erigido en señores de la tierra?

Pero ante tales preguntas bien se podría observar: ¿cómo es que la filosofía es capaz de plantear semejantes cuestiones, siendo así que ella misma es hija de su tiempo?

Ante esta observación, que me permite volver sobre la cuestión dejada abierta de cómo puede la filosofía pensar contra su época, respondería recordando lo dicho sobre la filosofía como guardiana de palabras fundadoras de sentido. Pues son esas palabras las que confieren al “oficio” o “ministerio” de la filosofía la capacidad, es más, la autoridad, para intervenir en el juicio sobre el sentido del curso del mundo.

Cierto, la filosofía es hija de su tiempo; pero es una hija traviesa, porque lleva en su sangre la herencia de tiempos más lejanos que los de su correspondiente actualidad. Dicho de otro modo, la filosofía está en su tiempo, pero con una tradición de sabiduría que la conmina a pronunciarse.

Y es así que, cumpliendo su ministerio, la filosofía aparece como una fuerza espiritual que molesta. Sus preguntas inquietan. Primero, porque son llamadas al cuestionamiento de la rutina con que se repite el tiempo preestructurado de nuestro mundo social, en vistas a averiguar, por ejemplo, si la rutina que da estabilidad a nuestro tiempo no representa si no la “camisa de fuerza” con la que el modelo de civilización hegemónico pretende contener lo imprevisible que siempre puede aflorar en el tiempo con sus brotes de sorpresas en los llamados “momentos

oportunos”. Y, segundo, inquietan también a un nivel más personal, porque son interacciones directas a la conciencia de cada persona, es decir, porque incomodan la instalación individual en la rutina del tiempo social de la actual civilización.

En la línea de estas preguntas menciono todavía otro aspecto que ayuda a precisar la tarea que se propone con este “filosofar en nuestra época”. Y es que, inquietando los acomodos del hombre contemporáneo, la filosofía le requiere su atención para que esté atento a lo que está sucediendo en su vida, que esté atento a lo que cambia en la conciencia de su vida y forma de convivir con los cambios a los que lo empujan los procesos de transformación e innovación que marcan el tiempo social de nuestra época.

Ejempliflico este aspecto con la mención de un caso concreto de esos procesos aludidos. Lo escojo, entre otros posibles, porque me luce paradigmático para la comprensión del cambio que se anuncia en la situación espiritual de la época.

Me refiero a los nuevos estilos de vida que difunde el capitalismo cultural digitalizado como proceso en el que se promueve un cambio en la comprensión y vivencia de la experiencia de la individualidad humana. En otro artículo para este *Suplemento Cultural*, resumía este cambio como una redefinición del individualismo tradicional. Pues, como explicaba ahí, es un proceso que incita al hombre a que considere su particular individualidad como el bien que debe cultivar

Viene de la página 3.

con suprema independencia, al tiempo que lo quiere convencer de que el camino para “cuidar de sí” no lleva a una dimensión interior, sino hacia el mundo de los objetos, a los espacios y redes comerciales donde se ofrecen los productos “hechos a la medida y gusto de cada quien” y que prometen, por tanto, el logro del deseado perfil individual.

Por esta astuta doblez, pienso que el cambio que promueve este proceso resulta a veces difícil de notar. Pero de ahí precisamente la relevancia de la filosofía como fuerza espiritual que inquieta y nos ayuda a tomar conciencia de que los cambios que nos cambian en lo más íntimo de nosotros.

Toma de conciencia que es de fundamental importancia para comprender hacia dónde nos lleva el “espíritu” de esta época, en cuanto que nos permitiría ver nuestras propias biografías como el espejo que muestra cómo están cambiando las condiciones y los puntos de orientación en la búsqueda de sentido. Con lo cual se notaría también que, aunque se mantengan las palabras, como en este caso la palabra individualidad, se cambia sin embargo lo que con ellas se expresaba en nuestra memoria de humanidad.

Insistiendo en el significado de este proceso para calibrar la situación espiritual en el mundo global, añadiría todavía que él mismo es de por sí un elemento indicador del estado espiritual al que se quiere llevar al hombre contemporáneo, al menos según el orden de la hegemonía. Pues tengamos en cuenta que todo cambio que experimente el hombre en su memoria de humanidad, se traduce también en un cambio en las condiciones de vivenciar

lo espiritual como dimensión de la vida.

Así la configuración del individualismo en la dirección de un conglomerado de individualidades que, sin memoria del flujo convivencial al que deben su singularidad, se proyectan, valga la metáfora, como parcelas privadas y reservadas al *monocultivo* de su propia imagen, una tal reconfiguración del individualismo, repito, marcaría la atmósfera espiritual de nuestra época con un acento inconfundible de fragmentación y dispersión, por cuanto que en su horizonte aparecería lo espiritual como un espacio de opción y selección según las preferencias de cada uno. Se cancela así lo comunitario.

Mas se recordará que en el primer punto afirmé que la crisis de humanidad que hoy nos desafía requiere una alianza de las fuerzas morales vivas en nuestro tiempo. Vuelvo ahora sobre esta afirmación porque supone que la situación espiritual de nuestro tiempo tiene acentos distintos al acento hegemónico que he destacado. Subrayo ahora, pues, lo obvio: La realidad de nuestra época es mayor que la realidad que construye nuestra civilización con su dominio sobre el cauce principal del curso del tiempo. La civilización hegemónica no da, pues, ni la medida de la realidad ni la medida de la situación espiritual de nuestra época.

Digo que esto es obvio porque la pretensión de totalidad del orden hegemónico se ve contrastada por los mundos que generan, por ejemplo, pueblos indígenas, movimientos sociales, prácticas religiosas o iniciativas intelectuales con su persistente resistencia.

Pero no me detengo en este hecho manifiesto. Baste aquí con retener que hace patente que

nuestra situación espiritual *no es consistente*, que en ella resuenan muchos otros acentos y que en ella, en consecuencia, la suerte de la humanidad no está echada todavía. Estamos, pues, en un litigio de acentos espirituales.

Pero, ¿qué se sigue de ello para la tarea de un “filosofar en nuestra época”?

4. Definiendo la tarea de un “filosofar en nuestra época”

Justo debido a esa controvertida composición, la situación espiritual de nuestro tiempo confronta a la filosofía con la exigencia de definirse. Y de acuerdo a lo dicho sobre el “ministerio” de la filosofía, creo que la filosofía debe responder a esa exigencia de nuestro tiempo con el esfuerzo por hacer hablar las palabras fundadoras que custodia.

Se entiende que con “esfuerzo por hacer hablar” no me refiero a *visibilizar* el espíritu del amor, de la verdad o de la justicia como una opción más entre otras. Me refiero al esfuerzo por *hacer presente* el espíritu de esas palabras en el litigio espiritual del mundo como una *frontera de humanidad* en la que se da la frente y se frena el absurdo que amenaza con invadir la vida.

Con esta toma de posición en el litigio espiritual de nuestra época la filosofía documentaría con su ejercicio que la humanidad tiene reservas aún para reaccionar y reorientar el curso de la historia humana. Con lo cual la filosofía se mostraría a su vez como un lugar que convoca a la constitución de las alianzas espirituales que, como decía al principio, se necesitan hoy para mejor poder responder al desafío antropológico de nuestra época.





CUENTO LAS PALOMAS DE CATEDRAL

LEONIDAS LETONA ESTRADA
Escritor

Las palomas, aves de diferente variedad, por ejemplo, la doméstica o de Castilla, tiene sobre la cabeza una porción de plumas blancas que caen por los dos lados de ella, se distingue de las de campo o torcazas, las mensajeras y las cantoras y hay de otra variedad como la doméstica, esta es una linda ave, mansa y noble que hasta la usan para simbolizar la paz.

Cuando despunta el sol e ilumina los árboles, los campanarios, las cúpulas de la Iglesia Catedral y la fuente luminosa, los primeros transeúntes de la plaza son los aprovechados porque se detienen, “aunque sea un minuto” para descansar; en ese lapso las palomas vuelan en parvada y se posan en el piso de la gran plaza esperando que alguien les lance algún granito de trigo, alpiste o maíz

y comienzan el día con su primer festín, luego regresan a refugiarse nuevamente entre campanadas de relojes o campanadas de bronce que anuncian a los capitalinos que el día comienza, que la jornada de trabajo debe iniciarse para que el país siga su rumbo y su ritmo o su rutina.

Un solo momento de calma y vuelve la parvada a danzar feliz, con sus alitas extendidas y a rodear la fuente, a saborear los primeros traguitos de agua, mientras el sol va iluminando y calentando la gran ciudad que principia a rugir con los motores como si fueran avisos o mensajes de que hay que trabajar para comer y es cuando despiertan las calles que se entrecruzan con los números de su identificación, sexta, séptima, novena, avenidas; cuarta, quinta, sexta, calles, todas hinchadas de gente y vehículos, pareciera que fueran a reventar y a volcarse frente al Palacio o frente

al Portal.

En una banca del parque, un campesino, morral cruzado en el pecho, caites usados, sombrero de petate, ve incrédulo la parvada de palomitas danzando al ritmo de la fuente y medita: “en mi pueblo no hay de esas aves, en mi casa peor, ni cantos, ni huevos ni pichones. Felices fueran mis hijos si hubiera palomitas de estas que estoy mirando, alegrarían un tanto la soledad del rancho, jugarían mis hijos con ellas, les darían de comer y de beber. Se levantó decidido y pensó: “yo me llevo dos, macho y hembra, así en unos meses tendremos muchas ¡que alegre” ... Dicho y hecho, se echó dos en su morral y se volvió a sentar.

Un policía que cuidaba las puertas del Palacio de la Cultura lo vio y dio la respectiva alarma, “¡Un ladrón se está robando las palomasss!”. Llegaron más

policías, guardias presidenciales, radiopatrullas y al instante lo esposaron y con sirena abierta lo condujeron hacia la torre de los tribunales. Entrando a los juzgados dos individuos de mal aspecto salían de esos recintos riéndose y comentando: “nos dieron medida sustitutiva y no les importó las pruebas que presentó el Ministerio Público de los asaltos y secuestros que hicimos en Mixco. Suerte tuvimos”.

Entraron los policías con el campesino y sus palomas, esposado y a empujones lo llevaron ante el Juez llamado Juan José Keller Oroxón: “Se le acusa de robo y se le capturó infraganti”, decía el parte. SENTENCIA DESPUÉS DEL JUICIO: “Dos años de cárcel y cinco mil de multa por no respetar la propiedad ajena”.

MORALEJA: “La justicia es como las serpientes, muerden solo a los descalzos”.

CARTA DE ROUSSEAU A ELISABETH FRANÇOISE SOPHIE LALIVE DE BELLEGARDE

Jean-Jacques Rousseau continuaba escribiendo en soledad en 1757, como invitado de Mme d'Épinay en su finca en el campo. Había conocido a Sophie d'Houdetot varias veces antes, sin sentirse atraído por ella. En enero de 1757, su cochero tomó un giro equivocado y su carroaje se atascó en el barro; salió y siguió a pie por el fango, buscando finalmente refugio en la modesta morada de Rousseau. Como lo describió en el libro 9 de sus Confesiones, "esta visita parecía un poco como el comienzo de una novela". Tanto la dama como el filósofo se rieron de buena gana y ella aceptó una invitación para quedarse a comer. Poco después, en la primavera de 1757, regresó a caballo, vestida de hombre. En palabras de Rousseau: "Esta vez fue amor ... fue la primera y única vez en mi vida".

Lo que sucedió después ha sido y sigue siendo muy debatido. Jean-Jacques declaró su amor a Sophie el 24 de mayo de 1757, y durante unos meses se vieron mucho. Comenzó a asociarla con los personajes de la novela que entonces estaba escribiendo, *Julie, ou la Nouvelle Héloïse*. Una noche, durante una tierna conversación en una arboleda, ella le dijo: "Nunca un hombre fue tan adorable, y ningún amante jamás amó como tú", solo para agregar, "pero tu amigo Saint-Lambert nos está escuchando, y mi corazón nunca podría amar dos veces". Rousseau termina la escena diciendo: "En medio de la noche dejó la arboleda y los brazos de su amiga, tan intactos, tan puros de cuerpo y de corazón, como cuando entró". Saint-Lambert, que había estado ausente en servicio militar, regresó en julio y, después de su regreso al servicio, Sophie puso fin al romance con Jean-Jacques. Desde entonces, los lectores han discutido sobre si alguna vez consumaron su amor, una pregunta sin respuesta. Los estudiosos también han tratado de analizar la influencia que podría haber tenido esta relación en la composición de la novela y la evolución de las ideas de Rousseau.

(Sábado 25 de marzo de 1758)

A la espera de vuestro correo, comienzo por responder a vuestra carta del viernes. Creo que tengo motivos para quejarme, y siento con pesar que vos hayáis escrito con la intención de que me alegrara. Expliquémonos, y si estoy equivocado, decídmelo sin rodeos.

Me decís que he sido el mayor obstáculo en los progresos de vuestra amistad. Primero tengo que deciros que no exigía que vuestra amistad hiciera progresos, sino sólo que no disminuyera. Ciertamente no he sido yo la causa de esta disminución. Al separarnos en nuestro último encuentro en Eaubonne, hubiera jurado que éramos las dos personas del mundo que sentían más estima y amistad una por la otra. Lo sé con la certeza del sentimiento mutuo con el que nos sepamos. Con este mismo tono me escribisteis cuatro días más tarde. Después, vuestras cartas cambiaron de estilo insensiblemente, vuestros testimonios de amistad se convirtieron en reservados y circunspectos. Al cabo de un mes, no sé cómo ocurrió, pero vuestro amigo ya no era tan amigo como antes.

Varias veces os he preguntado por la razón de ese cambio y me obligáis a volver a pedirla. Ahora no os pregunto por qué vuestra amistad no es mayor, sino por qué se ha extinguido. No alegáis mi ruptura con vuestra cuñada y su amigo. Sabéis lo que pasó, y deberíais saber que ya no habrá paz entre Jean-Jacques Rousseau y los malvados. Me habláis de faltas, de debilidades, en un tono de reproche. Soy débil, es cierto. Mi vida está llena de faltas, pues soy hombre; pero lo que me distingue de los hombres que conozco es que, en medio de mis faltas, sé reprochármelas. Ellas nunca me han hecho despreciar mi deber, ni huir de la virtud. En fin, que he combatido y vencido por ella en los momentos en que los demás lo olvidan. ¿Podrías encontrar alguna vez hombres tan criminales?

Me decís que vuestra amistad, tal como

es, existirá siempre hacia mí, tal como soy, exceptuado el crimen y la indignidad de la que no me creéis nunca capaz. Sobre esto quiero deciros que ignoro qué precio debo dar a vuestra amistad tal como es ahora. En cuanto a mí, seré siempre lo que soy desde hace cuarenta años. No se empieza a cambiar tan tarde, y en cuanto al crimen y a la indignidad de la que no me creéis capaz, os hago saber que vuestro cumplido es duro para un hombre honesto, e insultante para un amigo. Me decís que siempre me habéis visto mejor de lo que me he mostrado. Otros, equivocados por las apariencias, me estiman menos de que lo que valgo y son excusables, pero en cuanto a vos, deberíais ya conocerme. Sólo os pido que juzguéis sobre lo que habéis visto de mí.

Colocaos por un momento en mi lugar. ¿Qué queréis que piense de vos y de vuestras cartas? Se diría que tenéis miedo de que no esté tranquilo en mi retiro, y que estáis contenta con darme de vez en cuando testimonios de poca estima, y que digáis lo que digáis vuestro corazón podrá siempre desmentirlo.

Algunas veces me habéis pedido los sentimientos de un padre. Los tengo al hablarlos incluso ahora que ya no me los pedís más. No puedo cambiar de opinión sobre vuestro buen corazón, pero veo que vos ya no sabéis pensar, hablar ni actuar por vos misma.

Ved, al menos, el papel que se os hace jugar. Imaginad mi situación, porque venís a apenar, con vuestras cartas, un alma que está suficientemente apenada por sus propios problemas. ¿Es necesario para vuestra tranquilidad venir a turbar la mía?

¿No podéis pensar que tengo mayor necesidad de consuelo que de reproches? Libradme de lo que sabéis que no merezco y tened respeto por mi dolor. Os pido de tres cosas una: o cambiad de estilo, o justificad el vuestro, o dejad de escribirme. Prefiero renunciar a vuestras cartas que recibirlas injuriosas. Puedo prescindir de recibirlas, pero tengo necesidad de estimarlos,



y es lo que no sabría hacer si faltáis a vuestro amigo.

En cuanto a Julia, no os molestéis por ella. Vuestras copias serán realizadas tanto si me escribís como si no. Si las he interrumpido después de un silencio de tres semanas, es porque he creído que, habiéndome olvidado del todo, no deseabais nada que viniera de mí.

Adiós, no soy voluble ni estoy sometido como vos. Mantendré la amistad que os prometí hasta la tumba. Pero si seguís escribiéndome en ese tono tan equívoco y sospechoso que mostráis hacia mí, comprended que dejaré de escribirlos. Nada es más lamentable que intercambiar insultos. Mi corazón y mi pluma rechazarán siempre tenerlos con vos.

POESÍA

JUAN CARLOS VILCHEZ

Juan Carlos Vilchez (Estelí, Nicaragua, 1952). Hoy publicamos textos de este poeta y médico nicaragüense. Entre sus publicaciones destacan: Bestias de papel, Versiones del Fénix, Nicaragua en las redes de la poesía, Zona de perturbaciones, En lugar llamado dónde y Vicisitudes de un paisaje.

VINE

Todo confluye aquí.
Son opulentas estas tiendas de ciudad
con artículos de tantos
y tantos lugares del planeta.

Camino por las calles
y los escaparates concentran
toda la identidad del mundo
siendo yo entonces
un satélite que gira alrededor
puesto esto es el mundo.

Pero yo no he venido a comprar
o vender
vine a abrir los ojos

a pagar con palabras
la vida que me dieron
vine.

El estigma

No conocía el estigma
o más bien
no tenía la precisión
para apartar las hilachas
y desgarraduras que lo ocultaban
llevándolo como un adorno ciego

un resplandor detrás de la mirada.
La carne fue más inteligente
e hizo caso omiso de mí mismo
pasó de largo
y me otorgó unos minutos
para organizar una casa
una heredad
esas tareas habituales que lo delatan
y hacen que pierda su poder
de iluminar con anticipación
las cerradas fosas del olvido.

Acertijo

Aquí no hay preguntas (No le haces preguntas).
Estás solo contra la esfinge
cuya presencia no es más enigma
que tú mismo.
Siempre le golpeas y desgarras sus entrañas
pero el espejo te devuelve
a una flor que sangra dentro de ti.
La tomas con tus manos
y así sangrando la colocas
entre las suyas
para recorrer el tiempo
que les fue entregado.
Al final
en un límite cualquiera (No hay exactitud en esta
trama)
rehacen la escena en el camino.
Ella para deglutar tus cenizas vorazmente
y tú ya olvidado
para nacer como una larva
de su descomposición.

Casi desnudos

Querido maestro:
Hoy me he propuesto llegar
hasta ese lugar no definido
de la memoria del mundo
donde seguramente aconteces
y resides
para darte un abrazo
y al mismo tiempo
acogerme a tu cortesía
haciéndote una pregunta.

Esas criaturas tuyas del poema
o –más precisamente– los hijos
de la mar
con quienes tu te comparas
y muestras casi desnudos
han atormentado mis noches
convirtiendo a mi imaginación



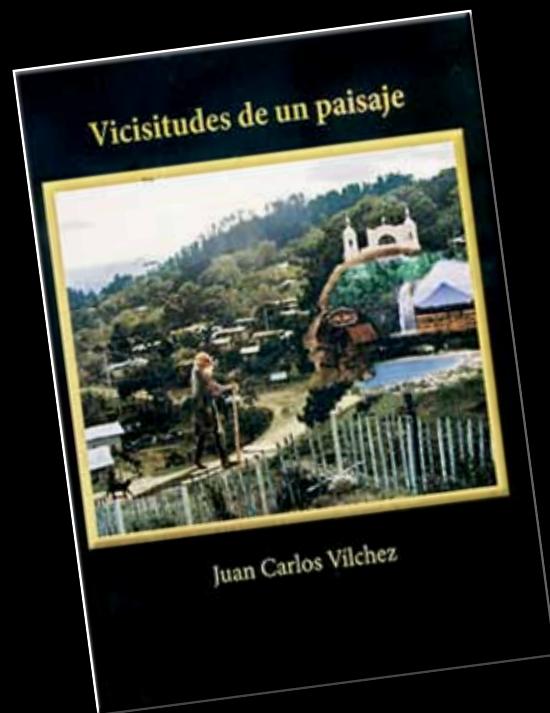
en un oleaje de confusiones
y zozobras.

¿Es que acaso has visto alguna vez
a una merluza en bragas
a un pulpo con sombrero
o a un cangrejo en calzoncillos?

La lista puede abarcar sostenes
calcetines y corbatas para medusas
tortugas y otras tantas especies
de los vastísimos océanos.

Al final de la partida –tu ya lo sabes–
todos vamos en cueros
especialmente aquellos nacidos
dentro de las aguas
que no pueden
ni deben cubrirse nunca
pues es su opción de vida
por consiguiente
no tenías la prerrogativa
de vestirlos

**Selección de textos por
Gustavo Sánchez Zepeda.**



FILOSOFÍA

HEGEL

EL ESPÍRITU OBJETIVO

George Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831), es uno de los grandes críticos del individualismo filosófico y político. Hegel comprendió en su juventud la inconsistencia de las concepciones clásicas del sujeto: las filosofías subjetivistas e idealistas de su tiempo convertían al sujeto individual en una realidad última e incombustible, de la cual no se podía en modo alguno dudar. Hegel, dotado de una fina sensibilidad para las relaciones humanas y sociales, subraya que el individuo, lejos de ser un absoluto, es un producto social. Todo conocimiento, lejos de ser algo constituido ante un sujeto intemporal, es un producto histórico, un momento de la marcha de la razón hacia el saber absoluto.

En realidad, para Hegel, como sabemos, naturaleza e historia son estadios del desenvolvimiento de la Idea hacia su reencuentro final consigo misma en ese estadio último del saber. Particularmente importante en ese camino es el “Espíritu objetivo”, esto

es, el conjunto de costumbres, creencias, deberes, lenguaje de un pueblo, que trasciende a

los individuos y los hace participar de la razón universal en la cual se hallan inmersos. En

esta perspectiva, las tesis de Hegel se acercan a un colectivismo en el cual el individuo no

es más que una resultante de lo que el “espíritu del pueblo” hace con él. La consecuencia es el conformismo. (*)

*González Antonio. Introducción a la práctica de la filosofía. Texto de iniciación. UCA Editores. San Salvador, 2005. La historia universal es la exposición del proceso del Espíritu, en sus formas supremas; la exposición de la serie de fases a través de las cuales el Espíritu alcanza su verdad, la conciencia de sí mismo. Las formas de estas fases son los espíritus de los pueblos



históricos, las determinaciones de su vida moral, de su constitución, de su arte, de su religión y de su ciencia. Realizar estas fases es la infinita aspiración del Espíritu universal, su irresistible impulso, pues esta articulación, así como su realización, es un concepto. (...). Los principios de los espíritus de los pueblos, en una serie necesaria de fases, son los momentos del Espíritu universal único, que, mediante ellos, se eleva en la historia (y así se constituye a una totalidad que se comprende a sí misma. (...).

El valor de los individuos descansa, pues, en que sean conforme al espíritu del pueblo, en que sean representantes de este espíritu, pertenezcan a una clase en los negocios del conjunto. (...). La moralidad del individuo consiste, además, en cumplir los deberes de su clase. Y esto es cosa

fácil de saber; los deberes están determinados por la clase. Lo sustancial de semejante relación lo racional, es conocido; está expreso en aquello que se llama precisamente el deber. Es inútil investigar lo que sea el deber (...). Todo individuo tiene su clase y sabe lo que es una conducta justa y honrada. (...). Los individuos tienen su función asignada y, por tanto, su deber señalado, y su moralidad consiste en portarse conforme a este deber.

(...). Los sujetos activos tienen fines finitos e intereses particulares en su actividad; pero son también seres cognoscentes y pensantes. El contenido de sus fines está, pues, entrelazado con determinaciones universales del derecho, del bien, del deber, etc. Los simples apetitos, la barbarie y la rudeza de la voluntad caen fuera del teatro y de la esfera de la historia universal.

Esas determinaciones universales, que son a la vez directivas para los fines y las acciones, tienen un contenido determinado. Todo individuo es hijo de su pueblo, en un estadio determinado del desarrollo de este pueblo. Nadie puede saltar por encima del espíritu de su pueblo, como no puede saltar por encima de la tierra. La tierra es el centro de gravedad. Cuando nos representamos a un cuerpo abandonando este centro de gravedad, nos lo imaginamos flotando en el aire. Igual sucede con los individuos. Pero el individuo es conforme a su sustancia por sí mismo. Ha de traer en sí a la conciencia y ha de expresar la voluntad de este pueblo. El individuo no inventa su contenido, sino que se limita a realizar en sí el contenido sustancial.

(Tomado de sus *Lecciones sobre filosofía de la historia*, 1837)